

A pesar de estos parciales contratiempos, no se puede desconocer que en las guerras y relaciones exteriores los sucesos de España habían ido marchando con mas próspera que adversa fortuna. La corte se envanecía de ello, y el conde-duque de Olivares lo atribuía todo á su hábil política, cuando en realidad de verdad el mérito era de la decision é inteligencia de los generales y del valor y bravura de los soldados de mar y tierra, que aun continuaban dando glorias y laureles á su patria. Pero no había de tardar en conocerse que con tal política y tal administracion en medio de la general penuria del reino era imposible sostener tantas guerras y mantener el poder de España á la altura que en su desvanecimiento pretendia el de Olivares.

CAPITULO III.

ITALIA.—ALEMANIA.—FLANDES.

De 1628 á 1637.

Cuestion del ducado de Mantua.—Parte que toman en ella el rey de España y el duque de Saboya.—Ejército francés en Italia.—Richelieu: Espinola: Gonzalo de Córdoba.—Muerte del duque de Saboya.—Muerte de Espinola.—Sitio, tregua y tratado de Casal.—Alianza de Richelieu con el rey de Suecia contra la casa de Austria.—Socorre España al emperador.—Guerra de Alemania.—Progresos de los suecos.—Batalla de Lutzen: triunfo de los suecos, y muerte de su rey Gustavo Adolfo.—Asesinato de Walstein.—El rey de Hungría.—Va el cardenal infante de España don Fernando á Alemania.—Sitio y rendicion de Norlinga.—Plan general de Richelieu contra España y el imperio.—Guerra en Alemania, en Italia, en la Alsacia, en el Milanesado, en la Valtelina, en los Países Bajos, en la Picardía y el Artois.—Manifiesto del rey de Francia, y contestacion de la corte de España.—Combate del Tesino.—Amenazan los españoles á París.—Decadencia del poder de España en los Países Bajos.—Muerte de la archiduquesa infanta de España.—Va el cardenal infante don Fernando.—Su conducta como gobernador y como capitan general.

A poco tiempo de esto suscitóse en Italia otra cuestion, en que, como en todas, quiso intervenir y tomar la parte principal el conde-duque de Olivares, que en sus incesantes aspiraciones representándose en cada novedad una nueva ocasion de engrandecimiento, com-

prometió en ella al rey, cuyo espíritu dominaba, hasta el punto que ya era fama en el pueblo que le daba hechizos, con que le tenía como encantado (1).

Reduciase la cuestion á que por muerte del duque de Mantua se disputaban la sucesion del ducado el príncipe de Guastalla, protegido por el emperador Fernando de Austria, y el duque de Nevers, ambos de la familia de los Gonzagas, para su hijo primogénito, con quien el de Mantua poco antes de su muerte habia casado su sobrina y heredera. Calculó el conde duque de Olivares que cualquiera que fuese la solucion de aquel litigio, ó habia de poder agregar á España aquel ducado, ó por lo menos habia de quedarse en posesion de la plaza de Casal en el Monferrato, que de órden suya tenia sitiada el gobernador de Milan

(1) Tenemos á la vista el informe oficial (manuscrito) que el alcalde de casa y córte don Miguel de Cárdenas dió en 7 de julio de 1627 al cardenal presidente de Castilla sobre los hechizos que se decia daba el conde de Olivares al rey.—«Habrà veinte y dos meses »(dice) que estando yo comiendo »entró Juan de Acebedo, escribano »de la Sala, y me dijo que traia un »negocio de grandísima importan- »cia y secreto, y apretó tanto es- »to, que me levanté de la mesa á »oirle, y entró diciendo que era »sobre unos hechizos que el conde »de Olivares daba á S. M. para es- »taren su privanza, y reparándome »en lo que me decia me dijo: pues »señor, ¿á quien tengo de acudir si- »no á Vd. habiendo llegado á mi »noticia un caso como este? Y así

»le oi, y lo que me refirió fué que An- »tonio Diaz, coletero, vecino de su »casa, que era del Barquillo, le ha- »bia ido á decir que una muger que »se llamaba Leonor, así mismo ve- »cina de ellos, habia persuadido á »la muger de este coletero á que »diese á su marido hechizos para »que la quisiese bien, y respon- »dióla la del coletero que no que- »ria meterse en hechizos, te- »niendo no muriese de ellos su »marido. La Leonor dijo que eran »sin peligro, porque estaban ya »probados por S. M. que se los »daba el conde para conservarse »en su privanza, y no le hacian »mal, como se veia, y así que bien »seguramente los podia aplicar á »su marido, etc.» Sigue refiriendo largamente el caso, y los procedimientos á que dió lugar.

Gonzalo de Córdoba. Pero codiciábale tambien el duque de Saboya Carlos Manuel, hombre turbulento y bullicioso, afable y liberal, pero enemigo del reposo, excelente capitán, pero lleno de ambicion, y para quien todos los medios eran buenos con tal que condujeran á medrar y engrandecerse. Esta vez abandonó el saboyano la Francia, y se adhirió al de Olivares, con quien estipuló la particion del Monferrato. Llevaron, pues, entre los dos la guerra á Italia, aprovechando la ocasion de estar entretenidos los franceses en el sitio de la Rochela, balaurte y abrigo de los protestantes, á los cuales por lo mismo protegía y alentaba el ministro español (1). Mientras Gonzalo de Córdoba sitiaba, aunque flojamente, á Casal, saboyanos y españoles penetraron en el Monferrato y se apoderaron de varias plazas (1628). Un ejército de diez y seis mil hombres allegadizos que el de Nevers reclutó en Francia y con el cual quiso acudir á la defensa de su Estado, no se atrevió á poner el pie en Italia, y se dispersó al paso de los Alpes.

(1) No solo los protegía políticamente, sino tambien con materiales auxilios. En 1628 envió el rey de España al almirante don Fadrique de Toledo con una flota contra la armada de Francia, y allá estuvieron tambien el marqués de Espínola y su hijo el de Leganés. Mandaba el ejército francés que sitiaba La Rochelle el cardenal de Richelieu en ausencia del rey. Los ingleses intentaron inútil-

mente socorrer á los sitiados: hubo una famosa batalla naval entre las escuadras inglesa y francesa, de cuyas resultas se rindió La Rochelle por capitulacion, y el rey de Francia hizo su entrada pública en la plaza.—Hist. du Ministere du cardinal duc de Richelieu, p. 242 á 343.—Puede verse la relacion y descripcion particular de este famoso sitio.

Pero libre la Francia del embarazo de la Rochela, envió Richelieu á la Saboya el ejército vencedor, y aun persuadió á Luis XIII. que debia ir él mismo á mandarle en persona. Por su parte el ministro favorito de Felipe IV., viendo que la guerra iba á tomar un carácter sério, ordenó al marqués de Espinola, el mejor general de España entonces, que dejara los Países Bajos y fuera á ponerse al frente de las tropas de Italia: error grave, de que supieron aprovecharse bien los holandeses, costándonos la pérdida de algunas plazas en aquellos países, y la del oro que traian los galeones de Méjico, que ellos interceptaron y cogieron. El de Espinola tuvo por conveniente venir antes á Madrid, donde encontró muchos ofrecimientos, pero pocos recursos eficaces para la guerra. El rey de Francia y su ministro cardenal marchaban entretanto resueltamente hácia la Saboya, y no habiendo podido obtener del duque que diera paso á la tropas por el Piamonte, forzaron sus generales Crequi y Bosompierre las terribles gargantas de Suza, desfiladero entre dos rocas defendido por varios reductos, derrotando dos mil setecientos saboyanos, y viéndose muy en peligro de caer en poder de franceses el duque y su hijo (marzo, 1629). Gonzalo de Córdoba levantó el sitio de Casal, que habia sostenido tibiamente, y el monarca francés ratificó en Suza la liga con Venecia, el pontífice y el duque de Mantua, por la cual se obligaban los confederados á levantar cuarenta mil hom-

bres para defender el Mantuano contra los españoles. El ambicioso, pero egoísta, duque de Saboya, ni cumplió el tratado, ni quiso unir sus fuerzas á las de Francia, ni ayudó con ellas á los españoles, y se declaró por entonces neutral ⁽¹⁾.

Mas como luego viese al marqués de Espinola penetrar con un cuerpo de españoles en el Monferrato, mientras dos ejércitos alemanes enviados por el emperador Fernando de Austria, y mandados el uno por el conde de Merode y otro por el de Collalto, se dirigian el primero á la Valtelina y el segundo á Mántua, mas atento el saboyano á lo que le era de provecho que á pasar por consecuente, volvió á declararse por España como al principio. A pesar de tantas fuerzas enemigas el rey Luis XIII y el cardenal de Richelieu, ya nombrado generalísimo de las armas del rey en Italia, penetran en la primavera siguiente en Cerdeña (1630), el mariscal de Crequi sitia y rinde la plaza de Pignerol, apodórase el francés de Chamberí y otras fortalezas, y en poco mas de un mes domina casi toda la Saboya, el príncipe del Piamonte es derrotado cerca de Javennes por los generales franceses Montmorency y La Force, y profundamente afectado con tantos contratiempos el anciano duque de Saboya, muere abrumado de tristeza en Surillhan á los 69 años

(1) Hist. du Ministère du card. Soto y Aguilar, Anal. del reinado de Richelieu, pág. 329 á 347.— de Felipe IV. ad. an.

de su azarosa vida (26 de julio, 1630), sucediéndole su hijo mayor Víctor Amadeo ⁽¹⁾.

Continuó no obstante vivamente la guerra en aquel desgraciado país entre franceses y españoles, imperiales, saboyanos y venecianos, dándose frecuentes ataques, diezmando la peste los ejércitos, y sitiando y tomándose mutuamente plazas, siendo las mas notables el sitio y toma de Mántua por los imperiales, y el de Casal, la plaza que se consideraba mas fuerte de Europa, defendida por el famoso general francés Toiras, y cercada por el ilustre general de España marqués de Espínola. Despues de varias vicisitudes y de algunos sangrientos combates, apurado Toiras dentro de la plaza, y trabajando activamente Mazarino para que el general francés y el español vinieran á una suspension de armas, ajustóse una tregua (4 de setiembre, 1630), segun la cual el francés entregaría al español la ciudad y castillo, y aun la ciudadela, si no recibia socorros hasta fin de octubre. Pero un suceso inesperado vino á privar á España del mas hábil y mas acreditado de sus generales. Felipe Espínola, hijo del marqués, no supo defender de los franceses el paso de un puente. Noticioso el marqués su padre de aquel hecho desgraciado, preguntó si su hijo habia sido muerto, herido ó prisionero, y como le dijeren que

(1) Motifs du due de Saboye et son reduction.—Prise de Chambery.—Le Roy se rend maitre de toute la Saboye.—Hist. du Ministère de Richelieu, p. 404 á 431.

nó, aquel moderno general espartano perdió el juicio y murió á los pocos dias (25 de setiembre) en el castillo de Sorribia, coronando con muerte tan pundonorosa su larga y gloriosa carrera militar. Gran pérdida fué esta para España. Reemplazóle el marqués de Santa Cruz, afamado marino, que comenzó su mando de tropas de tierra prosiguiendo el sitio de Casal.

Bien se conoció, y pronto, lo que con la falta de Espínola se habia perdido, y que la esperiencia del de Santa Cruz en las cosas del mar era harto distinta de la que se necesitaba para las campañas de tierra. Al espirar las treguas de setiembre mas de veinte mil franceses se aproximaron en silencio á las líneas de Casal, y aunque las fuerzas de Santa Cruz y del conde de Collalto eran todavía superiores en número, y aquél se hallaba dueño de la plaza, vióse con sorpresa, y así lo anunció el legado Mazarino, que comenzaba entonces su larga carrera, concertarse un armisticio entre españoles y franceses, conviniendo aquellos en entregar la plaza y castillo de Casal y todas las del Monferrato á un comisario imperial que las tendria á nombre del emperador, y volviéndose los españoles al Milanésado (octubre, 1630). Gran murmuracion y censura mereció esta tregua á los capitanes españoles, y muy especialmente á don Martín de Aragon, maestre de campo de la caballería. Algunas infidelidades cometidas por los franceses estuvieron cerca de producir nuevo rompimiento, pero dadas satisfacciones,

se asentó al fin el tratado de paz, que si no contentó á los franceses, con mucho mayor fundamento fué recibido con hondo disgusto en España, que por todo resultado de una guerra para la cual habia hecho no cortos sacrificios, ni ganó á Mántua, ni conquistó á Casal, y las ventajas fueron para el francés, á quien el mantuano cedió la importante plaza de Pignerol, que dejaba abiertas las puertas de Italia, y el nuevo duque de Saboya condescendió en ello á trueque de indemnizarse de algunas plazas del Monferrato. El tratado del Casal fué ratificado despues en un congreso de plenipotenciarios de Francia, España, Saboya, el Imperio y la Santa Sede, reunidos en Querasco (marzo, 1634), y mas adelante se hizo otro para es- plicar algunas dificultades que habian ocurrido ⁽¹⁾.

Pero si bien con los tratados de Casal y de Querasco se restableció por entonces el sosiego en Italia, para los españoles se redujo á trasladarse la guerra á otro teatro. Porque empeñados el monarca español y su ministro favorito en sostener con armas y dinero la causa del emperador Fernando II. de Alemania, y no menos empeñados el monarca francés y su primer ministro en abatir la casa de Austria por cuantos medios la enemistad les sugeria, el cardenal de Richelieu hizo alianza con el rey de Suecia Gustavo Adolfo, que

(1) Botta, Storia d' Italia.— Soto y Aguilar, Epítome (MS.), ad ann.—Le Clerc, Vida de Richelieu.—Vazquez de Acuña, Vida del cardenal de Richelieu.—Hist. du Min. de Richelieu, p. 454 á 464.—Traité de la paix de Querasche.

acababa de declarar la guerra al emperador presentándose como el libertador de los protestantes, en cuyo tratado, que habia de durar cinco años, se estipuló el auxilio de hombres y de dinero que la Francia habia de suministrar al de Suecia. Esto, unido á la liga que los protestantes hicieron en Leipsick, hizo comprender al emperador que le amenazaba una guerra más terrible que la que le habian hecho el elector Palatino y el rey de Dinamarca; y entonces, como siempre que se encontraba en aprieto, volvió los ojos á España, cuya córte, imprudentemente comprometida hacia mucho tiempo, no vaciló en seguir enviando al emperador los hombres de que habia bien menester para la defensa de sus antiguos estados de Flandes, y el dinero que con tanto trabajo y sacrificio suministraban para otras necesidades mas urgentes y propias los agobiados pueblos españoles.

La guerra comenzó con malos auspicios para el emperador (1634). El rey de Suecia, á quien se adhirió tambien el duque de Sajonia, apartándose de la fidelidad á Fernando, fué conquistando varias ciudades alemanas: Maguncia le abrió las puertas contra la voluntad de los españoles que la guarnecian; los imperiales iban perdiendo plazas; hacíanse audaces los protestantes, y las tropas llegadas de Italia temblaban á la vista de los suecos. Los españoles defendian sus puestos heroicamente, y en un combate que con ellos tuvo Gustavo Adolfo portáronse con tal bizarría,

que en memoria del triunfo que consiguió sobre ellos, aunque era su gente doble en número que la nuestra, hizo ergir en el campo una columna que perpetuára su victoria. El sueco continuó apoderándose de las ciudades de una y otra orilla del Rhin, no obstante algun pasajero contratiempo. El famoso general del imperio Tilli, murió en Ingolstadt de resultas de heridas que había recibido combatiendo (1632), y los destacamentos españoles perecían mas al rigor de aquel clima en la estación del invierno que al filo de la espada. Y si bien el denodado Walstein, que reemplazó á Tilli en el mando de las tropas imperiales, tomó por asalto á Praga y arrojó de Bohemia á los sajones, el monarca sueco penetraba en la Baviera, saqueaba sus pueblos y ciudades, y se estendia por la Suabia. A impedir el progreso de los suecos fué enviado Walstein, y encontrándose los dos ejércitos se dió la famosa batalla de Lutzen, en que todos hicieron prodigios de valor, en que murió peñdo heroicamente el rey Gustavo Adolfo de Suecia, y fué mortalmente herido el general austriaco Oppenheim, y en que la victoria se declaró por los suecos, quedando en el campo de diez á doce mil imperiales. Apoderáronse los suecos de Leipsick, y los españoles despues de una derrota perdieron la plaza de Frakendal.

Por este tiempo había comenzado su larga carrera de inconsecuencias el famoso duque de Lorena Carlos IV, constante solo en la veleidad con que tan

pronto se aliaba con el rey de Francia contra España y el imperio, tan pronto se hacía el mas eficaz aliado de los imperiales y españoles contra los franceses, decidiendo muchas veces con su valor y con las tropas de su estado las batallas en favor de aquella potencia de que por el momento era amigo y auxiliar, y atrayendo no pocas el enojo y las armas del monarca francés contra su casa y sus dominios. En 1632 (6 de enero) había hecho el duque Carlos un tratado con Luis XIII de Francia, comprendiendo en él al emperador, al rey de España y á los demas príncipes de la casa de Austria. Mas luego se le vió levantar tropas en favor del imperio, lo que obligó al francés á marchar con ejército hácia Lorena, forzando al duque Carlos por el tratado de Liverdun á ceder algunas plazas á la Francia. No tardó sin embargo en celebrar otro convenio con el emperador, y Luis XIII se vió en el caso de invadir de nuevo la Lorena, sitió á Nancy (1633), rindió muchas plazas del lorenés, salió de Nancy la guarnicion lorenese, y el duque Carlos hubo de ceder todos sus estados al cardenal de Lorena su hermano, el cual, renunciando el capelo, trató su matrimonio con una sobrina de Richelieu; siendo estos tratos origen de no pocas aventuras y de no menos variadas negociaciones, que influyeron notablemente en las vicisitudes de la guerra de Alemania entre Francia y Suecia por una parte, España y el imperio por otra, siendo los príncipes lorenese los

que hacian inclinar el éxito de la guerra ya á un lado ya á otro ⁽¹⁾.

No bastó la muerte del gran Gustavo para suspender las operaciones de la guerra. Continuáronla con decision y con habilidad sus generales; y los príncipes protestantes de Alemania, enemigos del emperador, animados por el embajador de Francia, que ofreció un millon de libras tornesas cada año para mantener la guerra, renovaron su confederacion contra la casa de Austria con los hábiles políticos que quedaron gobernando el reino de Suecia á nombre de la hija del gran Gustavo (1633). El mejor general del imperio, el célebre Walstein, de quien se sospechó, al parecer no sin fundamento, que aspiraba á apoderarse del imperio, ó por lo menos del reino de Bohemia, fué asesinado en Egra por orden del emperador mismo (1634.) Reemplazóle en el mando de las tropas imperiales el rey de Hungría, que despues de castigar con la última pena á los cómplices de la conspiracion de Walstein, puso sitio á Ratisbona, que se defendió desesperadamente, y solo capituló (26 de julio, 1634) despues de haber sufrido multitud de asaltos y de verse casi totalmente destruida.

Desconfiando el rey de Hungría de poder vencer á los suecos con solas las fuerzas imperiales, rogó al cardenal infante de España, don Fernando, hermano

(1) Calmet, Historia eclesiástica y civil de Lorena, tom. III. años 32 y 33.—Histoire du Ministère de Richelieu, pág. 573 á 622.

del rey, el cual por muerte de la archiduquesa gobernadora de Flandes pasaba á tomar posesion del gobierno de los Países Bajos con un ejército de diez y ocho mil españoles, que fuera á ayudarle á batir á los suecos. Avido de gloria el infante español, y ansioso de dar pruebas de valor militar, púsose en marcha para Alemania, atravesó el Danubio, y llegó delante de Norlinga en ocasion que los imperiales habian abierto brecha é intimado la rendicion á aquella plaza (2 de setiembre, 1634). Pero llegó tambien al propio tiempo en socorro de los sitiados el ejército sueco, y todo anunciaba que iba á darse un terrible combate. Las fuerzas de los católicos eran superiores en número; mandaba el duque de Baviera las tropas de su estado, el de Lorena las de los príncipes católicos, y el cardenal infante las de España. La batalla en efecto fué terrible y duró dos dias (5 y 6 de setiembre). Un cuerpo de españoles que ocupaba un bosque y fué atacado de noche por los suecos, dejó el campo cubierto de cadáveres enemigos. El ejército sueco fué completamente derrotado, perdiendo ocho mil hombres en la accion, quedando en poder de los generales vencedores cuatro mil prisioneros, ochenta cañones y trescientos estandartes. Norlinga se rindió á discrecion al dia siguiente, y el partido protestante se llenó de consternacion. Abandonaron los suecos la Baviera, quedándoles solo algunas plazas en la Suabia y la Franconia; y el Rhingrave Othon Luis, derrotado por

Cárlos de Lorena, tuvo que pasar á nado el Rhin para no caer en manos de sus enemigos. Ya no se atrevían los suecos á presentarse delante de los imperiales, como antes los imperiales temblaban á presencia de los suecos ⁽¹⁾.

Desesperado tambien Richelieu con la derrota de Norlinga, pero incansable en suscitar enemigos á la casa de Austria, dirigió sus intrigas á otra parte; y sabedor de que el conde-duque de Olivares andaba proponiendo una tregua á las provincias de Holanda para ir disponiendo los ánimos á la paz, no se contentó con trastornar este proyecto, sino que para escitar al príncipe de Orange á que continuara la guerra contra España, hizo un tratado con los holandeses por medio del baron de Charnace, obligándose á contribuir á sus gastos con trescientas mil libras y á mantener un cuerpo de tropas al servicio de la república, junto con otras negociaciones de que daremos cuenta al tratar de aquellos estados. Sin duda al fin de atender á lo que por allí pasaba volvió de Alemania el cardenal infante don Fernando con los recientes lauros que habia recogido, y recibéronle en Bruselas con mag-

(1) Relacion del sitio de Norlinga, segun Basompierre.—Calmet, Historia eccl. y civil de Lorena, lib. 35, núm. 4.—Mem. MS. de Hannequin.—Guillemin, Hist. MS. du duc Charles.—Memoires de Beauvau.—Hugo, Hist. MS. du duc Charles IV.

Es innegable que si bien los

esfuerzos de los generales imperiales y del cardenal infante de España contribuyeron mucho al feliz éxito de la célebre batalla de Norlinga, el triunfo se debió principalmente al valor, intrepidez y maestría del duque Cárlos de Lorena.

nífica pompa y con las mas vivas aclamaciones y muestras de regocijo ⁽¹⁾.

Pero á consecuencia de los incesantes manejos de Richelieu, veinte mil hombres de tropas francesas, mandados por los mariscales La Force y De Brezé, marchan por la Alsacia, pasan el Rhin, socorren á los suecos sitiados en el castillo de Heidelberg, y hacen retirar de la ciudad á los imperiales. En cambio éstos por medio de un ingenioso ardid de guerra se apoderan de Philipsbourg que ocupaban los franceses, degüellan una parte de la guarnicion, y la otra, hecha prisionera, y destinada á varias ciudades, parece casi toda de miseria. Asi se mantenía viva la guerra de Alemania.

El plan de Richelieu, fijo siempre su pensamiento en los medios de abatir el poder del emperador y del rey de España, era hacerles á un tiempo la guerra en Italia, en el pais de los Grisones, en Lorena, en Alemania y en los Países Bajos, porque en todas partes contaba con partidarios, y fiaba mucho de la amistad de Suecia y de los príncipes protestantes de Alemania. Una nueva liga entre Francia y la república holandesa, que se firmó en París (febrero, 1635), determinaba las fuerzas que habia de poner en pie cada uno de los estados contratantes para el caso de una

(1) Guillelmus Becauns, *Serenissimi Principis Ferdinandi, Hispan. Infantis, S. R. Ecclesiae cardinalis, triumphalis introitus in Flandriae Metropolim Gandavuum, 1636*. Un tomo fól. con láminas.